

CREENCIAS Y PRÁCTICAS RELIGIOSAS EN CHILE: UN CASO DE INCONSISTENCIA*

Óscar Godoy Arcaya

El autor focaliza su comentario al informe de Carla Lehmann, “¿Cuán religiosos somos los chilenos?”, en la falta de consistencia entre las creencias y las prácticas religiosas de nuestros connacionales. Los resultados de la encuesta sobre religiosidad presentados en ese informe, señala el autor, establecen que Chile ocupa el cuarto lugar entre los países más creyentes, pero un lugar muy inferior como observante.

El autor esboza dos hipótesis explicativas de este fenómeno. Por una parte, la existencia de un posible “estado de indiferencia” respecto de la observancia de una gran masa de creyentes, mayoritariamente pertenecientes a los estratos bajos de la población. La segunda hipótesis está relacionada con el peso que podrían tener las opiniones “políticamente correctas” en Chile, país en que la Iglesia católica y las confesiones religiosas en general disfrutan de un gran prestigio.

ÓSCAR GODOY ARCAJA. Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Profesor titular de Teoría Política del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile y profesor del Institut des Études Politiques de París. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

* Comentario al informe elaborado por Carla Lehmann, “¿Cuán Religiosos Somos los Chilenos? (Mapa de Religiosidad en 31 Países)”. Véase en esta misma edición el informe de Carla Lehmann, así como el comentario de Eduardo Valenzuela.

Este comentario a la encuesta “¿Cuán religiosos somos los chilenos? (Mapa de Religiosidad en 31 Países)” está centrado en un hecho significativo: Chile es uno de los países con más altos índices de creencia pero con un bajo nivel de observancia. En efecto, tal como indican los datos, en nuestro país el 96 por ciento cree en Dios, el 77 por ciento en una vida posterior a la muerte, el 82 por ciento en el cielo, el 59 por ciento en el infierno, y, en fin, el 57 por ciento en los milagros.

En general, se supone que un alto nivel de creencias religiosas tiene como consecuencia una práctica muy difundida. De hecho, en la mayoría de las sociedades en que se observa la existencia muy extendida de creencias en una esfera trascendente o sobrenatural (la existencia de Dios, la vida eterna de salvación o castigo y la intervención extraordinaria de lo divino en el mundo natural), también se observan altos niveles en las prácticas religiosas. Curiosamente, no es el caso chileno, cuya correlación entre creencias y observancia religiosa es marcadamente atípica.

El índice de creencia chileno

Los factores medidos en la encuesta ubican a Chile en el cuarto lugar, como nivel de creencia religiosa, entre los treinta y dos países comparados. O sea, Chile es uno de los países con más alto “índice de creencias” (2,25) en el universo encuestado.

Lo que llama poderosamente la atención es que no obstante este alto índice, que lo sitúa detrás de Filipinas, Estados Unidos y Chipre, nuestro país tiene un bajo porcentaje de práctica religiosa, que apenas llega al 19 por ciento de su población. Observancia religiosa que en el caso de los católicos se reduce al 14 por ciento. Esta “inconsistencia” entre la creencia declarada en la encuesta y la práctica “dura” de una confesión religiosa es bastante impactante.

Digo “práctica dura” para enfatizar el hecho que se trata de la asistencia semanal a un oficio religioso. Este tipo de práctica expresa la confesión pública de un credo religioso y no la mera relación individual y privada de las personas con sus creencias a través de la oración y otras manifestaciones similares.

Una mirada más analítica sobre las cifras de la encuesta, indican que entre los doce primeros lugares ocupados por los países según el “índice de creencias”, con la excepción de Chile y de Chipre, hay una correlación relativamente consistente entre creencias y prácticas religiosas. En efecto,

de esos doce países altamente creyentes, diez ocupan los catorce primeros lugares de práctica religiosa “dura”. Así, por ejemplo, Filipinas, que es país con más alto índice de creencias religiosas, ocupa el sexto lugar entre los más practicantes (45 por ciento de observancia); Estados Unidos, tercero como creyente es undécimo como observante (32 por ciento). La República Dominicana, Polonia, Perú e Irlanda del Norte tienen el mismo índice de creencias y empatan con Chile en el cuarto lugar, pero están entre los diez primeros lugares de los países observantes, con porcentajes entre el 37 y 46 por ciento de población practicante.

Un país muy consistente es, por ejemplo Irlanda, cuyo índice de creencias es 3. Este índice lo ubica en el quinto lugar entre los creyentes, o sea, debajo de Chile. Pero está en el primer lugar de práctica religiosa “dura”, con un 57 por ciento de observancia, que contrasta fuertemente con el lugar decimoctavo de nuestro país.

Otro país consistente es Francia, que está en el lugar decimonoveno como país creyente (índice 1,6) y en lugar vigesimoquinto como practicante con un 13 por ciento de observancia. Se trata, en efecto, de un país en que hay una simetría entre creencias y prácticas. Una situación semejante se hace evidente al comparar Chile con los países nórdicos (Dinamarca, Noruega y Suecia) y las ex democracias populares (Alemania Oriental, República Checa y Hungría). El contraste entre nuestra incoherencia y la coherencia de estos últimos es patente.

Valores conservadores e inconsistencia práctica religiosa

Ahora bien, la inconsistencia que acabamos de anotar se refuerza a la luz de las respuestas que los chilenos dan a las preguntas relativas a los valores que sustentan. Existe una fuerte correlación entre la profesión de creencias religiosas, la afirmación de valores conservadores y la observancia. Chile exhibe en esta encuesta un elevado índice valórico conservador (1,8), que lo sitúa en el segundo lugar entre los países más conservadores. Solamente es superado por Filipinas.

Para establecer este índice, se indaga la posición de las personas en relación a cuestiones que requieren una valoración moral. Se trata de nueve preguntas que los chilenos responden con un claro sesgo conservador. Ellas se refieren a relaciones prematrimoniales (rechazo: 39%), fidelidad conyugal (rechazo: 88%), relaciones homosexuales (rechazo: 91%), aborto (por malformación del feto y bajos ingresos, ambos con rechazos del 66 y el 8 por ciento, respectivamente), prioridad de la presencia permanente de la

mujer en el hogar (aprobación: 44%), efectos negativos de su ausencia por deberes laborales (aprobación: 71%), experiencia de relación de la pareja con y sin intención de casarse en el futuro (aprobación: 51 y 60 por ciento, respectivamente). Las respuestas a estas cuestiones tienen un paralelismo con el índice de creencias, pero no con el de prácticas religiosas. Situación que se sale de la tendencia general, que establece que los países más creyentes y conservadores son los que tienen a la vez una elevada observancia religiosa. Junto con Chile hay solamente dos países que se alejan de esta tendencia, Chipre y Japón.

Confianza institucional, desconfianza individual

En el tercer bloque de preguntas —relacionadas con la confianza, modernidad y religión— Chile ocupa el penúltimo lugar respecto de la confianza en el “otro” y el segundo lugar en la confianza en las iglesias u organizaciones religiosas. O sea, los chilenos manifiestan desconfianza en el otro, en su prójimo, pero una gran confianza en las instituciones religiosas. Solamente el 17 por ciento de los chilenos confía en las demás personas, contra el 79 por ciento de los noruegos (primer lugar) o el 50 por ciento de los norteamericanos (décimo lugar) —Chile comparte las dos últimas posiciones de la muestra de países, junto con Chipre, República Eslovaca y Eslovenia. Y, respecto de su confianza en las organizaciones religiosas, cuya cota alcanza el 52 por ciento, solamente es superado por Filipinas (72%).

Consistentemente los chilenos se posicionan entre los cinco últimos lugares de los países que consideran que es indeseable que las autoridades religiosas traten de influir en la forma en que votan las personas. En Chile un 71 por ciento rechaza esta tutela o injerencia, en un contexto en que los rechazos de los 27 países que están antes que él oscilan entre el 73 y el 89 por ciento. Ello significa que un 29 por ciento la acepta, siendo así que en la mayoría de las democracias tradicionales este porcentaje oscila entre el 11 y el 20 por ciento (con las excepciones relevantes de Estados Unidos, Gran Breña y Suecia).

Los chilenos comparten en forma minoritaria (49 por ciento y vigésimo lugar) la percepción mayoritaria de países liberales, como Dinamarca, Noruega, Suecia y Gran Bretaña (entre 78 y 86 por ciento), de que “si se mira el mundo” las religiones generan más conflictos que paz. No obstante, somos más severos para juzgar como “a menudo muy intolerantes” a las personas con “creencias religiosas muy fuertes” (ocupamos el octavo lugar que compartimos con Suecia).

El 50 por ciento de los chilenos piensa que “el país sería mejor si la religión tuviese menos influencia”. Chile se ubica en el cuarto lugar, en una ordenación que incluye entre los diez primeros a países con fuerte presencia religiosa actual o reciente, con la sola excepción de Eslovenia. En efecto, en los tres primeros lugares se ubican Irlanda del Norte, Eslovenia e Israel. Después de Chile, vienen Polonia, Filipinas, España y Portugal. El alto porcentaje que exhibe Chile también es inconsistente con su alto índice de creencias religiosas. Un buen ejemplo de consistencia, en este sentido, es Estados Unidos, en que la deseabilidad de que la religión influya menos es de apenas el 15%. Este índice está en coherencia con los niveles de creencias y el de observancia religiosa de ese país.

Dos hipótesis sobre las causas de la inconsistencia chilena

Como es obvio, la encuesta no nos da una explicación causal de la inconsistencia chilena entre creencia y observancia religiosa. Tampoco existen trabajos empíricos que permitan establecer esas causas. En consecuencia, las explicaciones disponibles son puramente conjeturas.

Hay datos estadísticos que permiten establecer una primera hipótesis. Se trata del persistente descenso de la membresía católica y el ascenso de la evangélica en los últimos setenta años. Los católicos han bajado del 97,7 al 72 por ciento, mientras que los evangélicos han crecido del 1,5 al 16 por ciento en el período indicado. Este fenómeno podría revelar la existencia de un amplio segmento de católicos cuyas creencias no encuentran un cauce de expresión en la Iglesia católica, a la cual pertenecen solamente de un modo formal. Este segmento, en estado de indiferencia en cuanto a la observancia católica, es objeto de la atención preferente de la predicación evangélica y, en general, las personas que lo componen pertenecen a los sectores socioeconómicos bajos.

No hay que descartar la hipótesis de que las conductas de una gran proporción de la muestra se ciñan a lo “políticamente correcto”. La respuesta sobre la confianza de los chilenos en las instituciones religiosas revela su enorme peso, influjo y prestigio. En Chile no sólo es “políticamente incorrecto” criticar a la Iglesia católica y en general a las confesiones religiosas, sino también cuestionar sus doctrinas, creencias e incluso opiniones contingentes.

La hipótesis de creyentes en estado de indecisión respecto de la observancia también puede conducir a un agnosticismo práctico, como ha ocurrido en países de gran tradición católica como España y Portugal.

Una observación general

Finalmente, una mirada general a la encuesta nos parece indicar que los países con índices de creencias religiosas y de conservadurismo bajos han experimentado en su historia pasada y reciente guerras religiosas, revoluciones ideológicas radicales y profundas, y, en tercer lugar, procesos de laicización y liberalización acelerados. En cambio, los países más creyentes, conservadores y observantes no han tenido ese tipo de experiencia o han recibido solamente sus efectos retardados y mediatizados. En especial, no han experimentado ni la acumulación ni la combinación de ellos. Las guerras religiosas dejaron una huella profunda en Alemania, Gran Bretaña y los países nórdicos; las revoluciones con altos contenidos antirreligiosos, en Francia y los países socialistas liderados por la ex Unión Soviética. Y me parece que son notables, como ejemplos de laicización y liberalización acelerada, los casos de España y Japón. □